



PARÍS 1928 — MÉXICO 1958

POR ALFONSO ALAMÁN,
(licenciado en letras y escritor)

No nos fijábamos mucho en que el local que ocupaba la AGE-LA, en el “quai” de la Tournelle, dominaba un maravilloso paisaje parisiense. En la esquina de ese muelle y de la calle de los Bernardinos se levanta un viejo “hotel”, construido en 1626 por un rico parlamentario, el Presidente de Nesmond. Desde hace mucho tiempo ha caído en la más completa y decrépita decadencia. Apenas subsisten algunos rasgos que permiten imaginar vagamente lo que fue su antigua opulencia. Su vecino, en cambio, el hotel de Madame de Miramion, (hermana de Nesmond), sí se mantiene en perfectas condiciones y el contraste entre ambos es típicamente de París.

Pero nosotros no reparábamos ni en la noble arquitectura del Miramion ni en la decrepitud del Nesmond, ni siquiera, sino de vez en cuando, en el soberbio paisaje urbano: Notre-Dame y la isla San Luis enfrente y el Sena bajo nuestras ventanas. “Nosotros”, éramos los estudiantes latino-americanos, por lo menos la mayoría, porque los peruanos eran casi todos apristas. Y la AGE-LA era la Asociación General de Estudiantes Latino-americanos. La había fundado pocos años antes el buen amigo uruguayo Carlos Quijano, acompañado por Miguel Angel Asturias, Aurelio Fortoul, Salvador Escalón, Givaudant, etc.

En 1928, los mexicanos éramos bastante numerosos: Andrés Iduarte, los Rivero Carvallo, los dos primos Montes de Oca, Aurelio y Elpidio “Ilhuicamina” y muchos otros que se dedicaban más bien a las chicas del barrio latino, pero de poderosa y combativa ayuda en ciertos momentos álgidos. No puedo recordar de todos aunque de todos recuerde y de esos tiempos encantadores y fecun-

dos. Elpidio Ilhuicamina gozaba de prestigio envidiado por la marcada influencia, digamos, que ejercía sobre toda clase de francesitas. Iduarte, en el hotel Select de la plaza de la Sorbona, redactaba interminables confesiones, (tengo una de ochenta cuartillas). No contábamos, inútil decirlo, con el menor apoyo oficial. Al contrario, nuestros diplomáticos trataban de echarnos encima a la cordial policía parisiense que, respetuosamente, se burlaba de ellos.

No podíamos ser, naturalmente, sino revoltosos y atacábamos con furia a cuanta dictadura existía en nuestros países. Organizábamos mítines y expediciones punitivas, algunas muy bien logradas como los asaltos casi homéricos a las legaciones de Cuba y de Venezuela. La "salle des Sociétés Savantes" y la de la "Mutualité", (eran las más baratas), albergaban nuestros mítines y conferencias "serios", porque en nuestro vetusto local no se atrevían a venir muchos compañeros extranjeros, sobre todo los nórdicos. Pero no voy a hacer aquí una crónica de la Agela.

Eso sí, grandes latino-americanos como Isidro Fabela y Manuel Ugarte, Gabriela Mistral y Urrutia, nos ayudaban sin, nunca, pretender dirigirnos.

Recuerdo de la primera conferencia que nos dio y a toda la Salle des Sociétés Savantes llena de público, el maestro Fabela. Eran las épocas de Juan Vicente Gómez, uno de los más abominables y sangrientos tiranos que haya sufrido nuestra desgraciada América. El mitin era en su contra, para que la opinión francesa conociera la verdad sobre el abyecto viejo de Caracas.

Naturalmente, su ministro en París (¿quién era?), trató de hacer impedir la reunión, tanto cerca de las autoridades francesas como de los oradores que nos habían dado su apoyo.

Acabo de decir que en el país de auténtica libertad que es Francia, la policía se reía de las pretensiones arbitrarias de algunos diplomáticos criollos. La presión, sin embargo, fue muy fuerte aquella vez. Pero no sólo nos ayudó el inmovible sentido de libertad del francés y la firme decisión de nuestros amigos, sino también un incidente ocasional: en un concurso de "elegancia de automóviles", en el bosque de Boulogne, una de las innumerables hijas de Juan Vicente Gómez, bastarda o no, habíase equivocado de pedal y metido su enorme Hispano-Suiza entre el tropel de mirrones, causando varias muertes. Esto había permitido a la prensa parisiense ocuparse más de cerca de la elegante homicida y subir

hasta su también ensangrentado padre. Los lectores parisienses se negaban a creer algunas revelaciones que entonces fueron publicadas sobre la actuación del asesino venezolano.

En estas condiciones, tuvo lugar nuestro mitin. Lo presidía Víctor Basch, presidente de la Liga de Derechos del Hombre. Cuando empezó a hablar el licenciado Fabela, notamos, primero, una cortés audición por parte del presidium y del público, pero, poco a poco, cuando iba relatando las atrocidades y los horrores de Venezuela, los ojos y la boca de los franceses se abrían mayores. Y cuando terminó, hubo sí, aplausos, pero sobre todo un clamor de indignación contra las espantosas torturas del régimen de Gómez.

Creo (y aquí el verbo creer no es sinónimo de dudar), que en esa reunión, hizo mucho por nuestra América don Isidro Fabela, logrando levantar y convencer a la opinión pública francesa y a gran parte de la Europa contra la vergüenza de uno de los peores casos de patología política que hayamos padecido.

Por aquellos tiempos, también, salió una obra fundamental: "Los Estados Unidos contra la Libertad", del licenciado Fabela. El libro se transformó para nosotros en una especie de Biblia pues trataba y trata de los principales casos en los que nuestras libertades nacionales han sido pisoteadas. Nosotros gritábamos con entusiasmo y con ira, pero, a veces sin conocimientos precisos. Lo que se podía saber de nuestra América en Francia era y sigue siendo, poco. Fabela nos daba, con autoridad y ciencia, una historia magistral de los hechos que nos apasionaban.

Sin pasión, pero sin flaquezas, analiza los principales casos de flagrante imperialismo: Cuba, Filipinas, el Canal de Panamá, Nicaragua, Santo Domingo. El prólogo es una obra definitiva que fija las normas verdaderas y exactas que deben regir las relaciones entre las dos Américas. Si el vice Presidente Nixon lo hubiese leído, otro resultado habría tenido su penoso viaje. Es menester citar partes de aquel: . . . "Pero la historia queda, contribuyendo nosotros a su divulgación, no con ánimo hostil hacia nadie, sino precisamente porque, hecha pública, dará ocasión para que aparezca tal como es la política panamericana y se rectifique en lo injusto que tiene. Con esto iremos ganando libertad, los hispanoamericanos, y simpatía en vez de malquerencias, los Estados Unidos. Porque abrigamos esta convicción: el pueblo norteamericano no es el autor de la política agresiva que sus gobiernos han segui-

do contra la América española; los autores tampoco son los partidos militantes de ese país, sino ciertas personalidades de la política y de la banca estadounidenses, que han impuesto sus puntos de vista y sus proyectos, sorprendiendo a la gran mayoría de los ciudadanos de la Unión, ocultándoles la verdad de la política continental o dándoles informaciones tendenciosas o francamente inexactas, para no provocar reacciones contrarias a sus planes de hegemonía continental". Y esto otro: "Dice el profesor estadounidense Baldwin,¹ refiriéndose a sus compatriotas: "los americanos son, generalmente, fieles a su ideal, pero su ideal no está siempre orientado en una buena dirección; el agitador político y el demagogo lo saben y aprovechan". Es cierto: el agitador, el demagogo y nosotros agregamos el político y el capitalista imperialistas, influyen poderosamente en esa actividad de expansión no sólo americana, sino mundial. . ."

Habría que citar todo este prólogo porque forma un conjunto de una lógica implacable y serena. No lo podemos en los límites de este trabajo. Sin embargo: "El pujante pueblo norteamericano ama la libertad y la respeta, pero ese amor y ese respeto los practican sus gobernantes solamente cuando se trata de su libertad interior".

* * *

En *aquel mismo año de 1928*, en enero, don Isidro envió a Augusto César Sandino su célebre carta. Pero, poco antes, en nuestro gracial, aunque henchido de cálido entusiasmo, local del quai de la Tournelle, nos la había leído. Lo acompañaba Manuel Ugarte, que lloró. Nosotros mandamos un extenso telegrama a Sandino. Algún día relataré otras consecuencias más dramáticas que, entre nosotros, tuvo la lectura de esa carta.

Esta sigue siendo un ejemplo, no de patriotismo arcaico y egoísta, sino de clara visión de un latino-americano viril, orgulloso y valiente: "Está usted cumpliendo un doble deber: nacional y supernacional; nacional, defendiendo con denuedo la independencia de su patria; supernacional, representando con gallardía la digni-

¹ James Mark Baldwin, profesor de las Universidades de Princeton, de Hopkins, de México y otras, "Paroles de guerre d'un américain". (Alcan, París).

dad de nuestra raza, herida por otra que trata de dominar el continente entero”.

Otra vez más, no puedo citar aquí la carta en su integridad; sigan, pues, algunos de sus párrafos. “A los hombres se les juzga por sus actos, y los actos de usted son ejemplares: nuestros mentores deberían enseñar a sus alumnos cómo se ama a la patria y cómo se defiende el honor de una nación y de una raza, mostrándoles la conducta edificante del general Sandino”.

“Es usted un hombre en el concepto más amplio y noble del vocablo; el hombre que hacía falta a Nicaragua, distinto de los demás y completo en sí mismo. No es usted un rebelde como lo llaman los invasores y los traidores; los rebeldes son ellos, rebeldes a la justicia y al derecho. Usted es un héroe, el héroe de nuestros tiempos, el que debía surgir como un imperativo de nuestra historia.”

... “Ante las decepciones que le causen a usted los egoísmos gubernamentales de afuera y las inverecundias de adentro, yérgase más, que si usted persiste en su arrogancia, los que ahora le contemplan como un iluso, mañana le auxiliarán, le glorificarán.

... ”Tenga presente por último, general, como hecho confortativo, que la juventud que se levanta, es decir, el porvenir, consagra a su nombre una verdadera veneración y se preocupa hondamente por su suerte; lo mismo la generación jocunda de la República Argentina, que colecta fondos para auxiliar al homérico Sandino, que los estudiantes latinoamericanos de París que, en mensaje entusiasta, le envían sus nobles sentimientos de fervorosa adhesión.”

André Siegfied, el agudo maestro francés escribe con mucha razón que: “Los Estados Unidos, viviendo técnicamente en el siglo xx, tienen una mentalidad del siglo xviii, y esto explica muchos de sus fracasos”. Yo agregaría que muchos norteamericanos creen que todo aumento de potencia es en sí un “progreso”, un grado más alto de seguridad, de utilidad, de bienestar, de fuerza vital. O sea que mantienen un concepto, ya no del siglo xviii, pero sí plenamente representativo del momento más absurdo del siglo xix, cuando los hombres de ese siglo creían que su régimen ferocemente egoísta y capitalista podría ser el definitivo.

En realidad, la potencia es ambivalente: puede tanto construir como destruir. Todo depende del pensamiento que la rija y del

fin con que es utilizada. Pero si, como ocurre en nuestros días, esa potencia sobre los hombres y sobre las cosas crece en una forma cada vez más desorbitada, desgraciadamente no sucede lo mismo con la lucidez de las responsabilidades.

Parece como si algunos norteamericanos no hubiesen recibido la "educación" necesaria para usar bien de su poder y, más aún, como si no tuviesen conciencia del problema que se plantea irremisiblemente o que lo limitasen a ciertos peligros externos. O sea que no habiendo una ética real y eficaz del uso de la potencia, se acentúa una tendencia a considerar el empleo de ésta como un proceso natural en el que no existen normas de libertad sino necesidades de utilidad y de seguridad. Se dirá que esto vale para todos, pero justamente, una ética del empleo de la potencia debería evitar la permanente amenaza de la catástrofe.

Muchos norteamericanos (y ésta es una idea muy siglo XVIII), pretenden basar las normas de la técnica sobre su utilidad en relación con el bienestar, disimulando las ruinas causadas por su falta de escrúpulos. A este respecto, es indispensable la lectura de dos libros de Robert Oppenheimer, un gran norteamericano.² Hoy en día, todos sabemos que lo que está en juego con la técnica no es ni la utilidad ni el bienestar, sino la dominación. Y la dominación en el sentido extremo de la palabra, que se expresaría en una nueva estructura del mundo.

Ahora bien, el norteamericano en general no concibe sino una estructura sociológica posible, la burguesa. Y se construye una forma radicalmente opuesta: la del hombre-masa, no la del hombre de las masas que significa muchedumbre. Sin nada de peyorativo, las palabras hombre-masa designan a una estructura humana ligada también a la técnica y al planismo, pero con un concepto más humano y, en el fondo, aunque parezca paradójico, más cristiano. Esa estructura nueva se manifiesta aún por su carácter negativo pero constituye, sin embargo, una posibilidad histórica que muchos consideran como inevitable, incluso el gran filósofo católico Romano Guardini.³ Posiblemente no traiga la solución de todos los

² Robert Oppenheimer, "L'Esprit liberal" y "La science et le son sens. (NRF, París, 1958).

³ Romano Guardini, "La fin des temps modernes", (Eds. du Seuil, París, 1952).

problemas de la existencia, ni transforme a la tierra en un paraíso, pero sí representa un porvenir armonizado.

Incivilizados más que otros, muchos estadounidenses están mal preparados para aguantar el aumento de su poder. No han creado aún, lo repetimos, ni una ética rigurosamente pensada y eficaz, ni una educación de la élite o de la colectividad. Por lo tanto, el peligro fundamental, que tiene su origen en una deformación de la libertad, aumenta. La ciencia y la técnica han hecho disponibles las energías de la naturaleza en un grado tal que destrucciones de dimensiones imprevisibles, inmediatas o crónicas, pueden ocurrir. Una nueva era de la historia ha empezado en la que el hombre vive, pero no tendría que vivir, al margen de un peligro siempre creciente que amenaza su existencia entera.

Y así como el problema esencial que ordenará todo, no sólo el bienestar y la miseria, sino la vida y la muerte, es el de la potencia. No para intensificarla, sino para dominarla. Las fuerzas caóticas primitivas están vencidas, pero han vuelto a reaparecer y su elemento es precisamente aquel que las venció: la potencia. El hombre está de nuevo en presencia del caos y lo terrible es que la mayoría de los hombres no lo ven porque abundan aquellos de formación puramente técnica y porque las máquinas y las administraciones funcionan aún. Puede que acabemos por caer en un modo de vivir que dependería tan sólo de factores empíricos, enterrado el humanismo.

Y que no se crea en el falso remedio de un cristianismo hipócrita, porque la que fue religión de esclavos y de pobres en los siglos del Bajo Imperio romano, ha pasado en nuestra época a ser religión de burgueses y, entre el cristianismo verdadero y la manera de pensar pseudo-cristiana implantada por la burguesía, existe una oposición radical. De allí la inevitable decristianización del proletario tan agudamente analizada por Simone Weil.⁴

Una de las más evidentes consecuencias de ese falso cristianismo es el fracaso, con prolongaciones tremendas, (juventud delincuente entre otras), de la explotación por la burguesía de la "sagrada intangibilidad de la vida familiar".⁵ Particularmente en

⁴ Simone Weil, "La condition ouvrière", (París, NRF).

⁵ José Miguel de Azaola, "La crisis de las minorías directoras y el destino de Europa". (Revista ARBOR, N° 74, febrero 1952).

los Estados Unidos donde, a pesar de todos los esfuerzos de disfraz, la estructura familiar es prácticamente inexistente. Quiso la alta burguesía hacer de la familia una pieza del mecanismo capitalista, tratando de concentrar la riqueza en pocas manos, por lo menos hasta 1914. En Europa sobre todo, porque en nuestro continente, la concentración de la riqueza, está en razón inversa del aumento de civilización. Mientras tanto, en las clases medias hace estragos un concepto ñoño, blandengue y económico, (días del padre, de la madre, etc.) de la familia como nido preservador del que no salen sino juventudes amorales o rebeldes, pero totalmente impreparadas para arrostrar la gravedad de las crisis contemporáneas; al propio tiempo que, en el proletariado, las construcciones familiares se pulverizan, si es que llegan a nacer, bajo insoportable presión de las condiciones económicas.

En 1928 no existía el gran peligro que ha venido a modificar totalmente las relaciones entre Estados; tampoco podía preverse claramente las transformaciones enormes, consecuencias de la segunda guerra mundial, pero, en charlas inolvidables, el licenciado Fabela nos decía sus temores proféticos y también sus esperanzas: un hombre bueno siempre es optimista. Veía con nitidez los cambios que encontraríamos más tarde y nos prevenía.

Como lo escribo antes, la obra a que me he referido sigue en pie, no sólo dentro de la historia sino dentro de la actualidad porque aún las posiciones de las dos Américas no han cambiado sino levemente y esto implica para ambas repercusiones gravísimas. A veces por torpezas, a veces por emplear soluciones empíricas, los Estados Unidos se han alienado fuera del bloque comunista, muchas simpatías, a pesar de sus múltiples esfuerzos de buena voluntad, no siempre sagazmente razonados.

El mejor medio para comprender a otra persona es tratar de ponerse en su lugar y de la comprensión nace el afecto, o por lo menos un entendimiento favorable. Los Estados Unidos deberían emplear este método, ya preconizado por el maestro Fabela, y a su amparo reconsiderar su política continental. Es urgente.